

Amanece, que no es poco

José Luis Cuerda

Índice

Antes de que amanezca	5
Prólogo	9
Ab urbe condita	53
Amanece, que no es poco	65
Personajes y escenarios	69
Guión	89
Ficha técnica y artística	281
Fotografías	289

Antes de que amanezca

NOTA A LA EDICIÓN

«Sentada junto a la carretera, contemplando el carro que sube la cuesta hacia donde está ella, Lena piensa: “Vengo de Alabama: buena caminata. Todo el camino, desde Alabama, a patita: buena caminata”».

William Faulkner, *Luz de agosto*

Traducción de Pedro Lecuona

Juan Goyanarte Editor (Buenos Aires)

SI BIEN LA IDEA de editar este libro —que no existía sino a retazos ocultos— nos ronda desde los primeros días de vida de esta casa editorial, no fue hasta principios del año santo de 2013 cuando fue tomando cuerpo, una vez que el bueno de Pepe entró al trapo, asumió el proyecto como propio y reunimos cuantos documentos sobre esta película y sus alrededores existían. Seguro que nos dejamos algo, pero aun así, la suma de todo daba un buen pico.

A la hora de confeccionar este libro hemos tratado de evitar la tendencia al enciclopedismo y el *completismo*, en la que caemos con facilidad y que casa poco con los tiempos que corren. Una vez asumida esta premisa, la idea se fue decantando poco a poco hasta quedar sobre la mesa solo algunos de los documentos que, sumados de nuevo, conforman un volumen de dimensiones sensatas para que los «amanecistas» —esa sociedad secreta en la que puede participar cualquiera y que cuenta con lenguaje, contraseñas, valores, autoridades y santoral propio— los «amanecistas», decíamos, presentes o futuros puedan disfrutarlo sin enfrentarse a un dossier descalabrante.

El lector encontrará un documento fundacional titulado *Ab urbe condita* y que no es otra cosa que el jugosísimo proyecto ori-

ginal de *Amanece, que no es poco*. Se trata de un texto que José Luis Cuerda redactó allá por el año 1984 como punto de partida de una serie de televisión —sí, *Amanece, que no es poco* iba a ser originalmente una serie—, y que no tiene ni una sola letra de desperdicio.

Tras *Ab urbe condita* decidimos editar el guión original y no el final, con el convencimiento de que va a producir más disfrute en el lector, y para que este calibre lo que la película podría haber sido, a la par de lo que es. Con esta decisión también hemos tratado de evitar que el volumen se convirtiera únicamente en un libro de oraciones, aunque, debidamente subrayado, también puede cumplir esta función.

Para contextualizarlo todo (y de paso para enterarnos de algunos chismes) le pedimos al propio Cuerda una introducción al texto y unas apostillas al guión —a modo de *Blue-Ray* con los comentarios del director en papel—, y lo que ha hecho es algo que va mucho más allá de un prólogo y un anecdotario. (Si usted es de los que acostumbran a saltarse los prólogos de los libros —que no decimos que en muchos casos no haya que hacerlo— le pedimos casi de rodillas que no lo haga en esta ocasión, pues la cosa bien merece la pierna). Los jugosos comentarios al guión, redactados para la ocasión, van salpicados a lo largo del texto entre corchetes y con una tipografía diferente [la esbelta, fina y preciosa Aroma].

Y, para rematar, además de la ficha técnica de la película, hemos incluido un buen número de fotografías del rodaje, en su mayoría obra de Felipe López. No queremos dejar pasar la oportunidad de llamar la atención sobre el trabajo fotográfico de este hombre, ya fallecido, que fue uno de los más notables foto-fija que ha dado el cine español.

PERO COMO no tenemos remedio —ya hemos previsto que nos lo mire algún médico— aun hemos preparado otro libro, con los

guiones de los cinco capítulos que José Luis Cuerda redactó para la serie de televisión que se iba a llamar *Amanece, que no es poco*, una serie que, aunque comparte título, algunos personajes y parecidas localizaciones con la película que conocemos, tiene un aire y una entidad propia y muy diferente (¡fascinante, nos atreveríamos a decir!), que a buen seguro hará las delicias deliciosas de todos los que se sumerjan en él.

Este libro amanecerá en cualquier momento.

No PODEMOS terminar estas palabras preliminares sin agradecer a Susan Youdelman Azcona; a Jesús A. López, de la Filmoteca de Albacete; a María Zarautz; a Santiago Aguilar; a Gorka Salazar de la Filmoteca de Logroño; y a los aborígenes de Arnedo —organizadores del festival Octubre Corto—, con Chechu León a la cabeza, su colaboración para sacar adelante, y con más alegría compartida, este proyecto. Así como al propio José Luis Cuerda, padre de la criatura, por habernos hecho pasar tan buenos ratos.

Sin más dilación, les dejamos con *Amanece, que no es poco*, y sus entresijos, propios de una Obra de Arte Total y con mayúsculas. Una joya del cine español valoradísima por aclamación popular y, con el paso de los años, cada vez más celebrada. Esta película no es sino un ejercicio de cariño e irreverencia, que el tiempo ha convertido en una pieza única e irrepetible. Única por su propia esencia e irrepetible —entre otros muchos motivos— por la mutilación del espíritu crítico que el castrador mundo de lo políticamente correcto ha impuesto al universo de la creación.

J. L.

En los alrededores del monasterio de Valvanera,
a 27 de julio de 2013

Prólogo

PRÓLOGO DEL PRÓLOGO

Mal asunto si uno, en el territorio de la creación, tiene que ponerse a explicar lo que ha hecho, por qué lo ha hecho o por qué ha dejado de hacerlo. El que se enfrente a un cuadro, a una música, a una película, a un poema o a una novela, pongo por caso, ya se las compondrá con su entender y sentir para disfrutar o detestar aquel objeto de su consideración. Y, por su parte, el autor debería conformarse con el artefacto en sí para comunicar sus adentros encapsulados en el mismo. De otra manera, no hace sino reducir sus posibilidades de interpretación, denunciar sus propias limitaciones. Quien, en comunión conmigo, firme esto al cien por cien, que se salte este prólogo, y las notas que entreveran el guión, y pasen al *Amanece, que no es poco in puris naturalibus*.

Y, sin embargo...

¿Por qué no añadir texto al texto, no como interpretación exclusiva y *ex cathedra* de lo glosado, sino como una posibilidad más, como un dato añadido a los que el propio texto y las entendederas del lector viertan sobre él?

Yo con estas cosicas que vendrán, les aportaré materiales de derribo, dudas, zozobras, zascandileos y hasta sarcasmos sobre lo tratado y, si fuera el caso, risillas, curiosidades u otros elementos constructivos para llevar a término un paseo por las orillas de aquello que empezara como *Ab urbe condita* y acabó en *Amanece, que no es poco*.

UN PAISAJE MENTAL DE LA PREHISTORIA

Nos pasan un montón de cosas a lo largo y ancho de la vida. Unas pasan en el sentido literal, itinerante, pero de largo, como la suerte que convocamos en algunas ocasiones y apenas nos roza para irse con el vecino; otras, nos traspasan y se llevan con ellas lascas del pulmón, del higadillo o del miocardio del alma; pero no pocas lo que hacen es quedarse ahí: en nuestras mollas, en el tejido adiposo —a veces, entreveradas como el sabroso tocinete que irriga de untuosidad el buen jamón ibérico—, en las circunvoluciones del cerebro, en las glándulas suprarrenales o en los tendones. Estas, las que se quedan en los tendones, son las que con más frecuencia animan a la acción muscular o anímica y casi siempre proceden de nuestra infancia, que es, en definitiva, nuestra única patria o patria, y no lo digo en servicio de la corrección, sino de la justicia.

La localización de las experiencias inaugurales es inolvidable. Mis recuerdos de la calle Albarderos —que siempre fue Albarderos por más que la rebautizasen Jiménez de Córdoba, un falangista— llenarían libros de picaresca, de erotismo, de prácticas piadosas, de épica menuda, de psicología, de gastronomía, de nacimientos y muertes. Y eso que me fui de allí a los doce años.

Albacete capital, que ganó mucho con la democracia, era un lugar curiosísimo por aquellos años, hasta el punto que, analizado con detenimiento, lo que yo cuento en mi cine más raro, no es que ocurriera todos los días en cada esquina, pero sí una vez a la semana en cada calle.

Don Alonso, mi primer maestro, con escuela clandestina en un piso de la calle de la Feria, nos ponía a contar en corro alrededor de la estufa junto a la que él se sentaba. No habíamos llegado a cien y ya se había dormido. Nos tenía dicho que, de ocurrir

tal cosa, lo despertáramos al llegar a mil. Así lo hacíamos. «Don Alonso, que hemos llegado a mil». «Pues, empezad otra vez», nos decía y volvía a dormirse. También eran dignas de consideración las peleas que mantenía a diario con su señora, doña Rocío, cuando le pedía veinte duros para la compra —glosadas en mi medio-metraje *Total*—. De don Alonso aprendía yo el relativismo —si le preguntábamos que si él se llamaba don Alonso o Alonso— nos decía que sí a uno y a otro; y que la historia es la *magistra vitae*, averiguado esto mediante la mayéutica socrática: «¿Qué seríais vosotros en caso de guerra?». Unos respondían que marinos, otros de aviación, algunos de caballería. Yo dije que confitero. A cada cual según sus necesidades. Lo mío eran los pasteles.

La calle Albarderos, donde mi abuelo materno había edificado una casa de dos plantas y tres viviendas, con local en el bajo para cuadras —como tratante de mulas que era— era un microcosmos bullicioso en lo humano y de escasísimo tráfico sobre ruedas. Servía para que los críos jugaran y como vía de acceso a la plaza Mayor y al contiguo Alto de la Villa donde menestrales, obreros, labradores y viajeros descargaban sus pasiones en abundancia y a plena satisfacción, a juzgar por la felicidad que delataban sus rostros a la bajada.

Las cuadras de mi abuelo, en aquel entonces ya difunto, siempre vacías, nos servían para jugar al escondite, juego vicioso donde los haya, si se programa bien la manera y el sitio donde ocultarse por parejas. En el patio apiolaban los matachines un cerdo todos los años en provecho nuestro. Las tales cuadras terminaron siendo el reputado Bodegón Manchego, para consumo disfrutón de la cocina aborigen.

En el solar en el que un pescatero almacenaba las cajas vacías y malolientes del pescado vendido, mi hermano mayor y sus amigos montaron el graderío de una plaza de toros a base de esas

cajas. Celebraron corridas con carrito y cornamenta y, terminado el espectáculo, se restregaron con vecinas y forasteras en los bajos de las gradas.

También en un sótano donde se almacenaban maniqués defectuosos aprendimos —abrazos, tactos y friegues mediante— un rudimentario erotismo de cartón piedra. Con el tiempo, en pocos años, sabíamos de lo que cala el alma sin salir del vecindario, todas y todos, todo.

De los escolapios con los que me tocó convivir solo puedo decir que apenas redime sus actos injustificables el hecho de que, como supe después, las Escuelas Pías de Albacete eran para la orden escolapia el penal de la región valenciana, procedencia mayoritaria de aquellos pobres diablos, cuyo destino acabó en la gusanera —como el de todos— en vez de —de seguir sus aparentes creencias— en el infierno, que tanto merecían. Quien desee ampliar estudios sobre este asunto, que pregunte a cuantos cursamos en los años cincuenta y primeros sesenta en ese centro y pasamos por las manos de semejantes preceptores. No sabe nadie que no estuviera allí lo literal que es lo que acabo de escribir.

También vi cine en unas sábanas cosidas como pantalla, situadas en la capilla, frente al santísimo y a los gratuitos, con uniforme distinto al nuestro, con profesores distintos, en aulas distintas y recreo a distinta hora. Seguro que hubiera sido peor no darles clase. Pero aquello y otros daños colaterales me hicieron rojeras intuitivo, primero; y mejor guisado, después, de por vida.

Mi aprendizaje —en negativo que también se aprende— del clero regular —sujeto a regla— no impidió que me fuera al seminario secular —no sujeto a regla y destinado a curar almas en el siglo—. Hice tal cosa por dos razones mucho más humanas que teológicas: mis mejores amigos del momento decidieron hacerse seminaristas y me gustaba una barbaridad Rosa Mari, la vecina de

AB URBE CONDITA

Proyecto de serie original de

José Luis Cuerda

Madrid MCMLXXXIV

AMANECE, QUE NO ES POCO. Canta un gallo, como siempre, y le responde o le entorpece un saxo entre la niebla. Un saxo de payaso que nos guía hasta las calles de un pueblo amanecido. Un saxo torpe al que una trompeta lista borra para, continuando por las calles del pueblo mientras cae la tarde, decirnos que aquello ya es otra cosa. De más mundo. Cosmopolita, incluso, al llegar la noche con luces de neón, que no se sabe qué anuncian, suspendidas seguramente en el aire unos segundos y que nunca más serán visibles. El primer hombre aparecerá de noche, en moto, una Sanglas vieja con sidecar, y lo primero que dirá probablemente será que él no quiere amar: *non voglio amare*. Después, amanecerá otra vez. Y recorreremos el pueblo de nuevo, calle a calle y al revés que en la secuencia anterior: siendo de mañana donde había neones (que ya no hay, ni apagados) y de día donde fue día y anocheciendo donde amaneció, en el campo.

La continuidad espacial y temporal ha de ser perfecta. Una sucesión de *travellings*, montados aprovechando la presencia en primer término de algún obstáculo que cubra el campo, tiene que facilitar la sensación de que la cámara se mueve ininterrumpidamente por un espacio continuo, sobre el que amanece, luce el día, atardece y cae la noche en menos de un minuto. Efectuada esta operación un par de veces, porque, si no se ve —bien—, no se cree, ya puede ser visible el hombre, a oscuras, en moto.

Pequeños grupos de gente van llegando al pueblo: familias, a veces, u hombres y mujeres solas. La ocupación de la ciudad se hará de noche. No en una noche, pero sí todos de noche, irán llegando hasta la última noche de la serie. Menos el núcleo Grimani. Ellos entran de día y a tiros. Se parapetan y disparan sus rifles contra una casa deshabitada. Nadie responde a su agresión, pero a ellos les da igual. Continúan el ataque, hasta derrumbar totalmente el edificio. Entonces, con gritos de alegría, ocupan las ruinas y se disponen a reconstruir lo que, a partir de ese momento, será su hogar. La reconstrucción durará toda la serie. Y, aunque alrededor hay casas vacías y enteras, mejores incluso que la que ellos puedan edificar, los Grimani se niegan a habitarlas.

Habitado el pueblo, este se convertirá en ciudad de estira y encoge. Cuando apetezca al argumento el pueblo será, sin perder su esencia agropecuaria, la ciudad más grande del mundo (y, en ese caso, se referirán a ella en portugués: *A cidade mais grande do mundo*) y, cuando convenga será un pueblecito tan humilde y poca cosa como el negro, uno de sus habitantes, que se pasa la serie quejándose de estar en minoría (es el único negro que aparece) lo que, según él, le daría derecho a vivir de gorra, sin dar peñazo. Nunca se sabrá ni de dónde vienen los pobladores ni a dónde van cuando salen del pueblo. Lo único cierto es que, tarde o temprano, todos vuelven inexorablemente (todos los caminos llevan a Roma... Y proceden de Roma), como si el salón de *El ángel exterminador* se hubiese ensanchado hasta la puerta de la calle, pero nada más. Esta cualidad centrífuga de nuestra ciudad no conlleva ningún dramatismo, ya que, llegado el caso, cuando algún personaje vuelve a su hogar después de un viaje, habla convencido de encontrarse en su lejano destino. (Se ha agitado sin desplazarse, y la agitación le ha parecido movimiento suficiente, según costumbre). En ciertos momentos la ciudad será asediada. Los asediadores entrarán en ella a sangre y fuego, por más que

AMANECE, QUE NO ES POCO

[Guión original]

José Luis Cuerda

Madrid 1988

I. MONTAÑA. EXTERIOR. NOCHE.

La luz incierta que precede al amanecer dibuja con dificultad los riscos y matojos del monte. Sube niebla del valle.

[Niebla inexistente por cara].

Al fondo, en la falda de otro monte, empiezan a encenderse las luces del pueblo, parpadeos titubeantes de teas, carburos, velas y candiles. Los últimos gritos de las aves nocturnas se mezclan con el cacareo lejano de algún gallo y con el tintín, cada vez más próximo, de unas esquilas. La voz en off del negro Ngé Ndomo acompaña a unas confusas imágenes de cabras que bajan del monte.

[Se rodó frente a Arroyoedrea. Ni parpadean las luces ni procedían las mismas de teas, carburos, velas o candiles. Eran bombillas. Es más fácil hacer literatura que conseguir iluminar con estos cachibaches. Y, desde luego, más caro simular sus parpadeos].

VOZ EN OFF DE NGÉ NDOMO: Yo no sé si a ustedes les ha pasado alguna vez en la vida lo que me está pasando a mí: que es sentirse muy solos aunque haya mucha gente con ustedes. Les pongo un ejemplo para que me entiendan: es como si, el que está ahí entado en la butaca, a su lado, estuviese pero no estuviese. Ya ven qué guasa. Pues eso me pasa a mí desde hace treinta años.

[Esta voz en off dirigida directamente al espectador y algunas otras que vendrán, no se grabaron para incluirlas en el montaje, probablemente porque, arrepentido de haberlas escrito así, pensé que paradójicamente este efecto de acercamiento al espectador, lo que producía era un distanciamiento (brechtianos que éramos) imprecendente].

El negro Ngé Ndomo pastorea las diez o doce cabras camino del pueblo. Lo acompaña, malhumorado, el guardia civil Pascual.

PASCUAL (*Empujando levemente a Ngé para que se dé prisa*): Verás como con tus tonterías voy a llegar yo tarde a misa.

Se oye el tañido de las campanas de la iglesia del pueblo.

2. IGLESIA. CAMPANARIO. INTERIOR. AMANECER.

[El montaje se llevó esta secuencia a otro lugar de la película, sin duda porque alargaba inconvenientemente la llegada a la misa].

Paquito, el padre de don Andrés, el cura, tañe la campana con entusiasmo. Paquito viste roquete y sotana roja. Dos o tres niños, armados de lápices y de libretas para tomar notas, se instruyen sobre el arte de tocar campanas. Los primeros fieles van llegando a la iglesia.

PAQUITO (*Al tiempo que lo hace*): Se agarra con la derecha y tirón para abajo. Sin soltar, se agarra con la izquierda y tirón para abajo. Sin soltar otra vez, se agarra con la izquierda y tirón para abajo.

Uno de los niños no toma notas. Está distraído. Paquito le lanza una patada.

PAQUITO (*Enfadado*): ¡A ti te voy a dar yo una patada en las muelas, eh!

Por suerte para el zagal la patada se ha quedado corta.

PAQUITO (*Señalándole el cuaderno que el niño tiene en sus manos*):
¿Si no apuntas, cómo me vas a memorizar luego?

NIÑO (*Como disculpas, quejándose*): Si es que estoy deprimido.

Varias niñas, de las mismas edades que los niños, se asoman al campanario y se ríen de los aprendices de tañedores. Algunas de estas niñas visten de vírgenes o de jóvenes bíblicas.

3. CALLE. EXT. AMANECER.

Riadas de gente apresurada se dirigen a la iglesia. Los que más corren son un par de hombres que levitan. Sus piernas cruzan el aire a grandes zancadas. Esta levitación no llama la atención de nadie. Es una virtud,